



Pasión del Señor con un verismo y una dignidad que hacen más notables el empeño y la superación de éstas, en su mayor parte, modestas Cofradías.

No se puede dejar de destacar que en una capital de reducido vecindario como es Ciudad Real, que escasamente llega a los cuarenta mil habitantes, ha sido posible realizar el esfuerzo que se ha llevado a cabo gracias a que son bastantes los ciudarrealenses que figuran inscritos en varias Cofradías y por ellas cotizan, aunque siempre tengan una de ellas objeto de sus preferencias. No es tópico asegurar a quienes la visiten en tan señalados días que no saldrán defraudados cuando hayan contemplado las procesiones, porque éstas, quizá en el justo medio entre la severidad y la alegre religiosidad andaluza, tienen un no sé qué de especial sabor, una honda emoción, que el forastero palpa en el ambiente en estos días de las mayores conmemoraciones cristianas.

En la tarde del Martes Santo, Jesús Nazareno, en su advocación de Medinaceli, y la Virgen de la Esperanza, Cofradías que,

en número y ornamentación, pueden compararse con las mejores de las veteranas.

Quien guste del tipismo que tanto caracteriza habrá de presenciar el paso de la procesión del Silencio en la madrugada del Jueves Santo, cuando ya las luces del nuevo día van cayendo sobre la ciudad, frente al convento de las Carmelitas o en la Estación que se reza en el paseo del Prado; el Cristo de la Buena Muerte, exangüe en la cruz, parece más propicio al perdón en esos momentos, difíciles de olvidar para quien los vive. Y, al mismo tiempo, invitamos a no perderse el desfile de la tarde del jueves en la procesión del típico barrio de Santiago, a su paso por el Compás de Santo Domingo, donde un derroche de luz hace más destacable el grandioso trono del «Ecce Homo», la plasticidad del grupo del Cristo de la Caridad (Longinos) y la hermosura serena de la Virgen de los Dolores. Como en su salida de San Pedro, al filo de las doce de la noche, es preciso seguir a Naza eno por Lirio, las Terreras y Cruz Verde, si se quiere sentir de verdad la emotiva fascinación del arrepentimiento al contemplar el dolor de Jesús cargado con la cruz por redimirnos.

En la mañana del Viernes Santo, Ciudad Real no puede contener su emoción de justo orgullo por el auge logrado en la gran pasionaria. Tras la bella imagen del Niño Jesús, las palmas de los cofrades de la Oración del Huerto y después el paso de los ferroviarios, que representa el momento doloroso de encontrarse Madre e Hijo en la calle de la Amargura; y la Hermandad del Comercio, la de mayor lujo y riqueza ornamental, con el paso de Jesús Caído, para finalizar, tras una hora larga de desfile, el Santísimo Cristo del Perdón y de las Aguas. Cofradía que data del siglo XVI.

